

Prospecto

Decisión de contar la historia

La historia es contada desde la primera persona por un narrador que actúa asimismo como personaje del invento o artefacto. Y si son importantes y precisas las indicaciones acerca de unas y otras fechas por las que transita la peripecia, acaso una de las más importantes sea la del 13 de enero de 2010, en la que el narrador toma la decisión de contar la historia, una historia que está viviendo muy de cerca, que ha venido a sus manos sin buscarla, o que alguien, más bien, le ha hecho llegar. Merecerá la pena, según creo, analizar cuándo sucede eso, cómo y por qué.

Ay, deliciosa mañana cenital del 13 de enero de 2010 —sin necesidad de un trocito de magdalena mojado en la taza de té de tía Léonie [que algunos prefieren nombrar como tía Leoncia]—, con una extensa capa de blanca nieve cubriéndolo todo y sepultando a Praga bajo un brillante y luminoso manto blanco —los sonidos tamizados, tenues, silenciosos; la luz intensa, multiplicada y densa—, en la que nos encontramos al narrador dividido: por un lado está su cuerpo, completamente apaleado y molido; por otro su mente, que se agita, bulliciosa y escrutadora. Pero al mismo tiempo, otra parte de su mente se encuentra en otro sitio, maquinando por otros pagos de esta historia. Y, de pronto, llega un zas, sobreviene un clip: tenemos una historia, tenemos un relato... y tenemos un narrador que ha sido elegido para que la cuente ordenadamente y al por menudo.

Y no puedo por menos de llamar la atención al lector sobre la capa de nieve que recubría cualquier lugar al que se dirigiera la vista desde la ventana de la habitación a través de la que observa nuestro narrador, que escribe: «El mundo estaba ahí, a mi lado, rodeándome: ¡Yo lo sabía bien! Podía reconocer cada pequeño recoveco, cada insignificante detalle, cada árbol joven o añoso, cada seto, cada oquedad, cada teja ennegrecida, aunque ahora todo estuviera cubierto por un cúmulo de blanca nieve: ¡Yo podía contarlos! ¡Había sido elegido para contarlos!».